

Mons. Fulton Sheen

*Porque de tal manera amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito,
para que todo aquel que cree en El
no perezca, sino que tenga vida eterna. Jn. 3, 16*

Aquella noche, en la que un anciano venía a ver al divino Maestro que asombró al mundo con sus milagros, nuestro Señor contó la historia de su vida. Una vida que no empezó en Belén, sino que existía desde toda la eternidad en la Divinidad. El Hijo de Dios llegó a ser el Hijo del hombre porque el Padre le envió con la misión de rescatar al hombre por medio del amor.

Si hay algo que desee un buen maestro, es vivir muchos años para que su doctrina sea conocida, y adquirir sabiduría y experiencia. La muerte es siempre una tragedia para tan gran maestro. Cuando a Sócrates se le dio a beber la cicuta, su mensaje fue interrumpido de una vez para siempre. La muerte fue un gravísimo tropiezo para Buda y su doctrina de la óctuple vía. El último suspiro de Lao-tse corrió una cortina sobre su doctrina referente al *Tao* o «no hacer nada», así como contra la agresiva autodeterminación. Sócrates había enseñado que el pecado era debido a la ignorancia, y que, por lo tanto, el conocimiento haría un mundo bueno y perfecto. Los maestros orientales hablaban de que el hombre se hallaba aprisionado en cierta gran rueda del hado. De ahí la recomendación de Buda de que había que enseñar a los hombres a matar los deseos, y de esta manera encontrarían la paz. Cuando murió Buda, a los ochenta años, no señaló hacia si mismo, sino a la ley que el había dado. La muerte puso fin a los preceptos morales de Confucio acerca de cómo perfeccionar un Estado por medio de amables relaciones mutuas entre príncipe y súbdito, padre e hijo, hermanos, marido y mujer, amigos.

En su conversación con Nicodemo, nuestro Señor se proclamó a si mismo como Luz del mundo. Pero la parte más asombrosa de su enseñanza fue que dijo que nadie entendería su doctrina en tanto El estuviera vivo, y que su muerte y resurrección serían esenciales para su comprensión. Ningún otro maestro del mundo dijo jamás que haría falta que él muriera de muerte violenta para que sus enseñanzas resultasen más inteligibles. Este era un Maestro que ponía su doctrina tan en segundo lugar, que pudo llegar a decir que la única forma con que atraería a la gente hacia sí sería *no por medio de su doctrina, no por medio de lo que decía, sino por medio de su crucifixión.*

Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy.

Jn. 8, 28

No dijo que sería su doctrina lo que ellos entenderían entonces, sino más Bien su personalidad. Sólo después que le hubieran dado muerte,

entenderían que El había hablado la Verdad. Su muerte, entonces, en vez de ser el último de una serie de fracasos, sería un éxito glorioso, el punto culminante de su misión sobre la tierra.

De ahí la gran diferencia que hay entre las estatuas y cuadros de Buda y de Cristo. Buda está siempre sentado, con los ojos cerrados, las manos juntas sobre un cuerpo obeso. Cristo nunca está sentado; siempre aparece levantado y entronizado. Su persona y su muerte son el corazón y el alma de su doctrina. La cruz, y todo cuanto esta encierra, vuelve a constituir el centro de su vida.

Fulton J. Sheen, *Vida de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona, 1968, cap. 3, pp. 94-95